

## EDUARDO FERNANDEZ

Hablar de Eduardo Fernández es, también, hablar de Copei. Las dos motivaciones son obvias. ¿Qué singulariza, así, y frente a los demás partidos venezolanos, al Partido Socialcristiano? No fice» sino observarlo, y nos encontramos con la singularidad aludida. Esta podemos despacharla, como quien dice nada, con dos palabras. La gente de Copei, en sentido general, se preocupa por su formación personal; tiene sentido, como decía el inolvidable Carreño, de la urbanidad y de las buenas maneras; comprende y acata el valor de la cultura. Esta actitud no la podemos verificar, más allá de Copei, en ningún otro partido nacional. La cosa puede parecer, a primera vista, curiosa. Pero es cierta. Eduardo Fernández, pues, personifica, encarna, tipifica, protagoniza, ejemplariza a carta cabal cuanto queda afirmado. No ha llegado a ocupar, de balde, la primera posición del partido. Es, hoy por hoy, su personalidad, su figura, su líder fundamental. Semejante prestancia tiene, como es apenas lógico, sus explicaciones. En primer lugar, Eduardo Fernández, en cuanto que profesional de la política, en cuanto que pensador de la política también, es una auténtica vocación. Escuchando el llamado de ésta, se entregó a la formación correspondiente. Fue a la escuela; fue al liceo; fue a la universidad; fue a los estudios verdaderamente superiores. Ya hecho y derecho como todo un humanista, o, dicho de otra manera, ya armado de todas sus armas, entró en materia. El partido lo reclamaba y al partido se dio sin medida y sin tasa de ninguna especie. Subió, dentro de tan exigentes filas, y a punta de su peso específico, todos los escalones correspondientes. Para muchos de sus copartidarios, indiscutiblemente, no dejó de ser una sorpresa. ¿A qué horas se formó este hombre? ¿De dónde sacó semejantes capacidades?. Preguntas como éstas, debieron flotar, más de una vez, en el ambiente copeyano más acendrado. Pero no había nada que hacer. Como dice el dicho. A cada uno lo suyo. Todos hemos visto a Eduardo Fernández en la radio; y en la televisión; y en la conferencia; y en el mitin; y en el foro; y en la prensa; y en la tertulia eventual. En todas estas circunstancias es el mismo. Un hombre que sabe de donde viene y a donde se dirige. Un hombre que conoce el país de cabo a rabo. Lo conoce, como pocos, en su historia; lo conoce, del mismo modo, en su presente; lo conoce, mucho mejor todavía, en su futuro. Digamos que en segundo lugar, todo esto se debe a una cosa muy descompilada. Y decisiva en grado superlativo. Eduardo Fernández, gracias a su vocación y a su formación, es hombre, primero, de disciplina personal completa; y es hombre, igualmente, de claridad mental impresionante. Todo lo capta, todo lo comprende, todo lo analiza, todo lo pone al alcance de todos. Eduardo Fernández, para decirlo sin ambages, es uno de los pocos dirigentes políticos contemporáneos de Venezuela, que, sin dejar de ser un auténtico político, es un auténtico intelectual. Dirigentes doblados de intelectuales, naturalmente, e intelectuales doblados de dirigentes hemos tenido muchos. Eduardo Fernández, sin embargo, se diferencia de todos ellos de manera radical. Sin que nos escandalicemos por la afirmación, en esto consiste, seguramente, su mayor secreto. Y este secreto suyo, tan característicamente suyo, lo comprobamos en todas partes. Lo mismo cuando habla que cuando escribe. El secreto que decimos, y que tanto exaltaban los clásicos, es la discreción. Discreción es inteligencia, es ponderación, es respeto, es cordialidad, es sentido cabal de las proporciones. Discreción no es otra cosa, a la hora de las chiquiticas, que el balance que tienen que mantener, hasta en los más dramáticos momentos, la cabeza rectora y el corazón desorbitado. Tan difícil equilibrio, para ser exactos, marca la conducta privada y la conducta pública, hasta donde se nos alcanza, del ilustre dirigente de Copey.

No sabemos, claro está, quiénes han sido los maestros de Eduardo Fernández. Sin conocerlos, cada vez que lo escuchamos, cada vez que lo leemos -es el primer columnista político venezolano de hoy-, cada vez que lo vemos, recordamos el viejo postulado pedagógico. Desdichado del discípulo que no supera a sus maestros. Pues bien. Eduardo Fernández, discreto como es, debe de sentirse cabal. Reconoce, habiéndolos superados en tercio y quinto, como decía Cervantes, a todos. Y, sin faltarles al debido acatamiento, los ha puesto en su sitio.

Cualquiera que sea nuestra posición de observadores de la circunstancia política presénteoste es Eduardo Fernández. Un venezolano de excepción. Visible y claro desde cualquier lugar de la patria.